

Hendaya, 16 Oct. 1970

Querido amigo Irujo: Muchas gracias por la carta, que no me ha sorprendido. El Presidente siente alergia por todo lo que no escriba él y acabo particularmente por lo que escribiera yo, aunque recientemente me pidió que le enviara algo sobre Mauriac para Euzko-Deia por haber sido quien yo quien alumbró este organito. ¿Pero eso ya no es demasiada historia? Porque todo lo es, según quién lo mire y desde dónde lo mire. ¿No será demasiada historia desde el "Jesús" hasta los Evangelios, desde el Padre Ribete hasta Teilhard de Chardin, desde Roncivallés hasta el bombardeo de Guernica, desde la batalla de Pedraza hasta el gobierno de Euzkadi, desde Sabino Arana hasta Jimenez Ariza...? Pero por ese camino acabaríamos haciéndonos todos de ETA, hartos de leer el bonito cuento del par de ciudadanos que fueron conducidos por la guardia civil, carretera adelante, porque querían una Universidad: ya se la ha traído el Opus. Lo más curioso es que mi "demasiada historia", eran párrafos textuales de un número de "Montejurra" que en Pamplona andaban buscando a precio de mercado negro.

Ha almorzado, Unche

(Al dorso van unas líneas para información y recreo del Sr. Irujo)

El "Muera la inteligencia," interpretado por su autor

El comediógrafo Alfonso Paso, cuyo padre, también hombre de teatro, fue íntimo de Millán Astray, ha escrito en un artículo de "El Alcázar":

"Guardo una carta de él dirigida a mi padre en la que el general habla largamente de la leyenda que le acusaba de haber dicho en determinado instante: "Muera la inteligencia". El general dice a mi padre: "Tú sabes, Antonio, lo que a mí me gusta el teatro y el arte, y como cualquier rato libre que tengo lo dedico a la lectura, pero aquel señor Unamuno no obra bien y me fastidió tanto su supuesta superioridad y su afán de hacernos comulgar con ruedas de molino que no pude remediarlo y dije textualmente: "Si esto es inteligencia, muera la inteligencia". Pero se han quedado solamente con la última parte..."

"Mi padre -añade Alfonso Paso- estaba ya muy forceado por lo que los "snobs" llaman la inteligencia, así que me hizo guardar la carta y me dijo que el general tenía más razón que un santo..."

¿Qué edad tenía la novia? ¿Por
que esa "intimidad" neutralizada
por esta "publicidad"? Dediquemos
un recuerdo a nuestro "católico"
Ybar y al ratino de Neuilly,
abuelo de Michel Debré.

Mariages

— On nous prie d'annoncer le mariage de

Mayilis Ybarnegaray,
fille de M. Jean Ybarnegaray, an-
cien ministre, député des Basses-
Pyrénées, décédé, et de Mme Jean
Ybarnegaray,

avec François Debré,
fils de M. Michel Debré, ministre
d'Etat chargé de la défense nation-
ale, et de Mme Michel Debré.

Le mariage a été célébré dans
l'intimité, à Paris, le 5 octobre.

Para curiosidad
del señor Iruijo:

75

Nota del Gabinete de Prensa del Ministerio de Hacienda

MARCIAL BUJEDA FUE READMITIDO EN 1965

El Gabinete de Prensa del Ministerio de Hacienda nos remite la siguiente nota, de indudable interés informativo, que nos complacemos en publicar:

«El pasado día 4 de diciembre, en el último reportaje de la serie formada por ese gran periodista que se llama Julio Camarero y que llevaba el título "Así escapó Serrano Suárez", el mencionado ex ministro hacía patente su amargura y desilusión por no haber podido lograr el reintegro en el Cuerpo de Inspectores del Timbre del hermano del diputado socialista Jerónimo Bujeda, que tan decisivamente habría contribuido a salvarle la vida.

Como se trataba de un asunto tan humano y tan trascendente para el señor Serrano Suárez, se consideró oportuno consultar los archivos del Ministerio de Hacienda para realizar una investigación sobre dicho tema.

Como consecuencia de dicha consulta nos es grato manifestarle que el tema planteado por Julio Camarero a instancia del señor Serrano Suárez, tuvo una feliz solución. La orden ministerial de 12 de mayo de 1965 resolvió la readmisión al servicio activo del inspector técnico fiscal del Estado, don Marcial Bujeda Muñoz.»

OS BOMBE

ADA EN NINGUN



ni el riesgo, les hace realizar su trabajo con desga-
na. Siguen las preguntas
a don José Pascual.

—¿A qué tipo de llama-
das atienden ustedes?

—Comprobado que no se
trata de una broma, a to-
das. El bombero interviene
hasta para salvar gatos que
se han subido a un árbol
y no saben bajar...

—¿Cuál es el horario de
trabajo?

—Veinticuatro horas con-
tinuadas de trabajo y vein-
ticuatro libres...

—¿Cuáles son las salidas
más peligrosas que hacen?

—El mayor peligro está
siempre en los incendios,
porque nunca sabemos lo

ma
dr
co
ra
co
la
O
co
de
m
no
ha
ne
ri
la
be
fa
Co
a
se

En torno
a la ⁷⁶
nota del
Ministerio
de Hacienda

SERRANO SUÑER PUNTUALIZA SOBRE EL CASO DE MARCIAL BUGEDA

Como aclaración a la nota publicada ayer en PUEBLO, procedente del Gabinete de Prensa del Ministerio de Hacienda, sobre la readmisión al servicio activo de don Marcial Bugada, don Ramón Serrano Suñer envía a nuestro director la siguiente carta:

«El Gabinete de Prensa del Ministerio de Hacienda ha tenido la gentileza, que le agradezco sinceramente, de informarme sobre que don Marcial Bugada fué readmitido al servicio activo de inspector técnico fiscal del Estado por orden del 12 de mayo del año 1965; pero como dichas así las cosas pudieran creer los que leyeran mi relato al periodista don Julio Camarero que lo que en él se decía era consecuencia de exageración impaciente por mi parte, y a mí —en función de historiador— lo que de manera principal me interesa es la exactitud, deseo puntualizar:

1.º Que mi intervención y mis gestiones para la readmisión del señor Bugada se iniciaron en los primeros días del año 1957, esto es, ocho años antes de que se dictase la resolución favorable a la solicitud que él había presentado ya corriendo el año 1955.

2.º Que el juez instructor del expediente de depuración que se tramitaba en el Ministerio de Hacienda en oficio de 14 de noviembre de 1957 (que conservo original en el «dossier» correspondiente de mi archivo) me pedía le manifestara por escrito las noticias que yo tuviese sobre la ideología y conducta del citado funcionario, lo que hice circunstanciadamente y en los términos muy favorables que merecía (escrito del que también conservo copia), señalando que no había tenido nunca actividad política, ni pertenecido a ningún partido político, ni prestado servicio de armas.

3.º Que en los mismos términos favorables se manifestaron el señor obispo de Cuenca, el superior de los padres franciscanos de La Habana, y el magistrado don Emilio Aguado González.

4.º Que a pesar de estas manifestaciones, y de otras que se hicieron fuera del expediente, no fué admitido en aquella fecha, no obstante los precedentes que entonces invocamos sobre la reposición de otros funcionarios de la Administración Civil readmitidos, aunque alguno había prestado servicios en el Ejército rojo, como puede verse en el caso a que se refiere la orden del Ministerio de Hacienda de 15 de abril de 1957, publicada en el «Boletín Oficial del Estado» de 5 de julio de 1957, página 2.897.

Por consiguiente, tenía yo motivos para dolerme, como lo hice, en mis conversaciones con el redactor jefe de PUEBLO puesto que desde el día en que se presentó la solicitud de readmisión, hasta la fecha en que ésta tuvo lugar, transcurrieron casi diez años.»

Firmado:

Ramón SERRANO SUÑER

vorable, a permitir el retorno de los exiliados al territorio y tomar las me-

Trabajadores españoles de

ESCRITO AL VIC Y A VARIOS

DOSCIENTAS cincuenta cartas llegadas a otros tantos trabajadores total de 1.418 que actualmente en la base de utilización conjunta de Torrejón de Ardoz (Madrid) —. Se están sujetos a la legislación laboral.

Los despidos tendrán efecto el y se ha señalado que la reducción objeto de recurso en sí misma». que las vacantes producidas se es militar americano.

Dada la inquietud y alarma producidas por tales hechos, los trabajadores españoles de la citada base han dirigido un escrito a la Vicepresidencia del Gobierno y a los ministros de Asuntos Exteriores, Aire, Trabajo y delegado nacional de Sindicatos, así como a la oficina de personal civil de la base aérea —según los representantes legales de dichos trabajadores—, en el que expresan sus aspiraciones:

- Que se establezcan con urgencia las normas necesarias para regular detalladamente sus condiciones laborales, sus medios de defensa y los órganos judiciales competentes.

- Que se les permita seguir con las mismas con-

EN EL «BOLETIN OFICIAL

LOS PROCURADORES Y RESPONDEN L

El «B. O. de las C. E.», diversos ruegos y preguntas radores, así como las correspondientes a los que iban a

El procurador señor Mateo ciertos espectáculos taurinos, te para turistas, que infringe a veces verdaderos atentados

El Ministerio de la Gobernación parodias taurinas han sido n tales hechos aconseja modificación y la promulgación de disposiciones para evitar estos fraudes.

El ruego del señor Del Aguila a la lucha antigranizo para el Ministerio de Fomento, presentando en todo el ámbito nacional. Cortes un proyecto de ley para y crear un seguro adecuado.

En respuesta del Ministerio la creación de dos subcomisiones de estudios meteorológicos y de experiencias que además se determinarán los métodos de

El procurador señor Abellón pone en su ruego al Ministerio que en la aprobación de los textos del informe de la comisión deben fijarse «precios políticos» así como que se sancionen las que metan sobre la materia.

Contesta el Ministerio que esta cuestión se sujetan a las leyes. Y que la fijación de «precios» resultará de una acción gubernamental y no puede ser fruto inmediato.

Acerca de los libros de texto de enseñanza, responde el Ministerio que las solicitudes, todas las provincias para los textos escolares de primer grado. El lumen de la tarea ha ocasionado para el futuro se han adoptado para la repetición de tales demoras.

Pregunta el procurador señor de Trabajo, en relación con el sobre la ordenación de los con derivados de los mismos.

Y contesta el Ministerio que las bases para la adecuada solución. El Ministerio entiende que debe



GEOGRAFIA UNIVERSITARIA ESPAÑOLA

77.

Mil novecientos setenta bien puede ser el año de la revolución cultural en España. Un año que comienza con muchos bríos, como los

nuestras aldeas— han estirado las piernas y han pedido pantalones nuevos. Se ha puesto de largo. Nuevas Universidades están naciendo

su destino. Por eso creemos que es el momento de dar a conocer a toda España la nueva GEOGRAFIA DE LA UNIVERSIDAD.

Cartagena, San Sebastián o Almería los estudiantes cubran el camino amargo de la aventura hasta Santiago de Compostela. Cervantes

mánticas plazas. Las pensiones estudiantiles ya no son pensiones, sino residencias, apartamentos privados o Colegios Mayores. Los

de nuestros nuevos universitarios del siglo XX.

Tenemos doce distritos universitarios, dos Universidades autónomas

Ramón J. Sender está de actualidad en España, no sólo porque es un gran novelista español, sino porque acaba de ganar el Premio Planeta, lo que a muchos ha dejado sorprendidos, ya que Sender no necesita ganar ningún premio para que su indudable categoría como novelista sea reconocida.

Hemos escrito a Sender a Los Angeles (E.E.UU.), para preguntarle:

«Cuál es la razón fundamental por la que desea volver a España?».

Nuestra pregunta no encerraba ninguna trastienda. Sola-

mente queríamos conocer, directa y fidedignamente, cuál es esa razón fundamental que a un español enamorado de su Patria le lleva a desear volver, después de tantos años de vivir fuera de ella.

Quizá Sender interpretó que le preguntábamos con malicia o que adoptábamos una postura de "guerra civil". Nada más lejos de la realidad. He aquí la respuesta del novelista:

«Contestando su pregunta, no puedo menos de emplear también un sistema interrogatorio. ¿Es posible que una revista de espíritu nacionalista no comprenda por qué un es-



pañol quiere volver a España?

Ciertamente, para mí, la Patria es una realidad viva y activa, y, en cambio, el cuerpo nacional es una noción abstracta. El país español es eterno

y vivirá tanto como nuestro pobre planeta. España y los españoles viven y seguirán viviendo al margen y por encima del concepto de nación, que, a veces y a lo largo de la Historia, ha sufrido alternativas y subido gloriosamente o bajado vergonzosamente en la estimación de los otros pueblos. El mérito o la culpa estaba en los que tenían o se arrogaban la representación política del país.

Pero España es el pueblo, y el pueblo español ha tenido siempre el respeto y la admiración de los otros pueblos del mundo. Yo soy un modesto producto de ese país y ese pueblo. ¿Y me pregunta usted

por qué quiero volver a España? Si reflexiona un poco verá que no es necesaria mi respuesta. Sencillamente, quiero volver al lado de los míos. Si a alguien le extraña ese deseo —digo dentro de España—, es que no ha conocido el amor patrio sino a través de un sentido convencional e interesado de la nación en el que, de un modo u otro, están implicados los privilegios de casta o de clase.

Supongo que estará usted de acuerdo. Entonces...».

R. Sender
(La Actualidad Española)

LA NECROPOLIS DE TUDELA

CUMPLIRA CIENTO TRENTA Y CINCO AÑOS EL DIA 5 DE FEBRERO

Los restos de don Joaquín Gaztambide no descansan bajo su epitaio

Generaciones enteras desaparecieron bajo el pavimento de nuestros templos y las que les sucedimos vamos depositando el último resto de la existencia en ese pedazo de tierra sagrada que está situada frente a donde se alzó la ermita de Nuestra Señora de Loreto, imagen expuesta hoy en un retablo de la Catedral.

Alguna resistencia costó sacar los restos de las abovedadas capillas de las iglesias; pero el Gobierno dio la orden y la ciudad se aprestó a cumplimentarla.

El Ayuntamiento lo trató el 21 de enero de 1806 con el obispo monseñor Simón Casaviella y don Fernando Martínez, perito empleado en El Bocal fue el autor del primitivo proyecto.

La negligencia del Gobierno y el poco interés de su ilustrísima y juntas parroquiales hizo que quedase la carpeta sobre la mesa.

Nuevamente el Gobierno el 2 de junio de 1833 recordó la obligación de enterrar los cadáveres en sitio común.

Mientras se construía se usó provisionalmente la ermita de Santa Quiteria. Uno de los pri-

meros que allí se enterró fue el escribano del Ayuntamiento don Juan José Zapata. Pronto fue insuficiente y se usó el fosal del Hospital.

Por fin el 5 de marzo de 1834 se enterró a los dos primeros, don Nicolás Sáez y don Juan Ayala. El día 9 del mismo mes lo bendijo el señor obispo don Ramón de Azpeitia.

En 1854 se construyó el primer panteón propiedad de la familia Garbayo. Las Hermanas de la Caridad del Santo Hospital construyeron un carnario dentro de la capilla y posteriormente las de Santa Ana de la Misericordia.

CURIOSIDADES

Descontada una losa sepulcral llevada allí por los franciscanos, la lápida más remota es la de un Miguel Ondárroa, fallecido el 17 de marzo de 1839.

Urban y Arnedo, poeta tudelano, dedica preciosas quintillas a la memoria de su joven amigo Celestino Villanueva.

En 1839 se conserva la popular cuarteta que el dolor de don Pablo Bergé ofreció a su esposa:

*La inocencia y la virtud
del mundo falaz huyeron
y en este frío ataúd
con Mamerta se escondieron.*

Don Aniceto Lizaso escribió para un amigo suyo sentida poesía que comenzaba:

*Alma que vienes rendida
a vencer llanto por mí
mira encerrados aquí
los misterios de la vida.*

FECHAS Y NUMEROS

El cementerio antiguo que hemos mencionado tenía 658 fosas. En 1879 se amplió y fue bendecido por el vicario regente de Santa María, don Ezequiel Nagore, dando amplitud para 628 fosas más.

En 1919 se volvió a ampliar habiendo sido ocupado por 504 panteones y finalmente en 1947 se hizo otra ampliación con cabida para 559 panteones.

ANECDOTARIO

Unos buenos tudelanos hace años quisieron hacer un homenaje al músico tudelano don Joaquín Gaztambide. Descubrieron el arca de hierro y

aparecieron unos restos de mujer.

Había documentos de que habían sido trasladados del cementerio de la Almudena de Madrid y alguien metió "Joaquina por Joaquín".

PUNTO FINAL

La población ha crecido así como el cementerio. El nivel de vida es superior al de hace unos años. Por eso hoy hay cantidad de panteones y de gran valor. (Pens. Navarro)

S ANUNCIOS

S butacas, tresl-
ardoya. Teléfono

ON, reparaciones
teléfono 233295

SPORTES

Embalajes en
toda España y
F. Gil tauffer
alvo Sotelo. 36
Sucursales: Las
Gran Canaria
Cruz de Tene
Alcalá. 30 Tea

ARRO

VENTAS

VENDO "Ajuria" n.º 0, mo-
tor Lister, Saturnino Belo-
qui, en Ilzarbe. Valle de Olla.

SEMBRADORAS "MAGISA"
Nuevas, diferentes tipos. Ad-
mito cambio por usadas. To-
más Pérez de Iriarte. Teléfo-
no 290 Tafalla.

PELA PATATAS en stricos
Orbaice.

LAVADORA: Super Ser.-
Orbaiceta.

QUIERE ver y oír bien, vi-
site Ulloa Optico. San Igna-
cio. 12. Pamplona

TODO clase de fotografías
servicio a domicilio. Foto
MENA.

SOLUCION definitiva para
sus cortinas en Rieks Kirch
Paseo de Sarasate. 38

LICOR KARPY. Delicioso
digestivo. El preferido de to-
dos.

EDICIONES, revistas, me-
morias, impresos comercia-
les, composición mecánica
Editorial Gómez Pamplona

ROLLOS, cargas blanco, ne-
gro y color, venta de cáma-
ras fotográficas. FOTO ME-
NA. Sarasate. 32.

FOTOGRAFIA en blanco y
negro y color. Foto MENA

MUEBLES de todas clases
Pejeri: 23.

FOTO MENA. Trabajos a fi-
cionados, realizados por am-
pladora electrónica, entrega
en cuatro horas.

SIRVIENTAS

AGENCIA URTASUN. Colo-
cación de sirvientas. Gorri-
ti, 10-3.ª derecha. Teléfono
230138 De 5 a 8.

GANADOS

PIENSOS MINA. Revaloriza-
ción su ganado. Para todo el
ganado al servicio del ga-
nadero.

CONTRA EL PAPO o Pape-
ras cápsula "Vitán"

PIENSOS MINA. Imprescin-
dibles a toda explotación ga-
nadera. Fabricados por DIE-
GO MINA

VENDO vacas primer y se-
gundo parto y novillos para
sementales. Informes Pison.
Vaquería, Mendavia (Nava-
rra).

SE VENDEN 156 ovejas de
todo diente pariendo. Se ce-
den por partijas. Leocadio
Pérez de Larraya. Tabar
(Urraul-Bajo).

PIÑAS

Por
ANTONIO
CORONADO
MILLAN

ocidos que caminan...

Querido Don Manuel: Recibidas sus líneas, ahí va la interviú con Terrans Lúner publicada en "Pueblo" (1-2-3-4 Dic.). También adjunto un recuerdo a Sartembide y le envío asimismo unas manifestaciones de Sender explicando por qué quiere volver a España: "Quiero volver al lado de los míos", i Pero quiénes son los suyos? No se referirá a la mujer y al hijo porque ambos no están en España, sino en Francia, en París. La mujer, ex-secretaria de Don Alberto en la Unesco, es Elisabete Altube, sobrina de don Severo de Altube, que fue alcalde de Guernica y miembro de la Academia de la Lengua Vasca. Se trata de una mondraponesa un tanto inquieta, puesto que fue monja, se casó con Sender y ahora está casada con un jefe de policía. El convento, el anarquista, el comisionado i qué zig-zag! En cuanto al hijo, apellidado Sender, no sé exactamente dónde esté ni qué hace; pero hace unos diez o doce años cocinaba o aprendía en uno de los más acreditados restaurantes de París: el Taillavent.

Estas líneas me eximen de felicitarle a V con motivo de su santo, de Año Nuevo, etc.

Ayer,

Un abrazo

DIAS pasados, coincidiendo con el aniversario de la muerte de José Antonio, publicamos un capítulo de indudable interés del libro de Julián Zugazagoitia que acaba de aparecer. En él se aludía a la figura de Ramón Serrano Suñer, en términos que podían contribuir a la maraña de conjeturas que se ha venido tejiendo en torno a su liberación, ocurrida en los últimos días de noviembre del 36. Todo ello queda suficientemente claro en el volumen de Memorias que, a su vez, está escribiendo Serrano Suñer, donde, con la serenidad de una perspectiva rotundamente válida para la Historia, se desvelan no pocos episodios oscuros de nuestra guerra civil.

Accediendo al deseo de PUEBLO, el ilustre político y eminente jurista se ha brindado a relatar, con todo detalle, a nuestro redactor jefe Julio Camarero las circunstancias en que se desarrolló su espectacular escapada —hasta ahora rigurosamente inédita— desde la Clínica España, donde permanecía preso, vigilado noche y día, hasta Alicante, Francia y, finalmente, la zona nacional.

Las vicisitudes de aquella peligrosa huida, bajo un inaudito y sorprendente disfraz, del que se valió para pasar inadvertido por delante mismo de sus guardianes, y todos y cada uno de los pasos de su bien planeada evasión, en medio de un sobrecogedor clima de riesgo, constituyen —como podrán ustedes apreciar en capítulos sucesivos— una fascinante aventura que parece sacada de un telefilm de la serie «Misión imposible».

Agradecemos en todo su valor que el señor Serrano Suñer nos haya permitido anticipar a nuestros lectores, en rigurosa exclusividad, este apasionante relato, que constituye, sin duda, un valioso y excepcional documento.

LE agradezco la oportunidad que me ofrece de aclarar unas palabras equivocadas del, por otra parte, notable libro de Julián Zugazagoitia, que fué ministro republicano de la Gobernación y de Defensa, durante la guerra civil. La objetividad y el buen tono del fragmento que ha publicado PUEBLO tienen un gran interés. Está muy bien escrito y es impresionante que, salvo esa oscuridad a que me voy a referir, en aquella hora de pasión y de brutalidad se escribiera de esa forma.

Estoy delante de un hombre excepcional, destacado protagonista en los años de la guerra y la posguerra española y, sin duda, una de las mentes políticas de mayor solvencia en lo que pudiéramos llamar la decisiva hora de Europa. Poco a poco, a veces con un ligero tono de amargura, ahogado en el torrente de su gran estilo, Ramón Serrano Suñer ha ido cambiando su óptica de personaje alineado por esa otra de fiel historiador, de minucioso notario de unos hechos injustamente olvidados o deliberadamente arrinconados en ese desván sobrecogedor donde sólo pueden recuperarlos para la Historia los fantasmas que los velan y los que viven para contarlos.

—Es lícito al historiador interpretar los hechos históricos —aclara— con arreglo a una determinada mentalidad o desde ángulos distintos. Pero su primer deber es situar, fijar, esclarecer esos hechos en términos inequívocos, desvelándolos de toda oscuridad.

Don Ramón está en cama. No se ha librado de la epidemia de gripe. Pero a pesar de ello ha querido que trabajáramos en la preparación de este serial con el rigor de los grandes políticos que conocen el valor de la oportunidad o, mejor aún, del escritor comprometido con su tiempo, que entiende la palabra actualidad. Ha dictado a su secretario aprovechando los momentos en que la fiebre le dejaba en paz y hemos charlado, es decir, he escuchado con el

mayor respeto su fascinante relato ante mi magnetófono. He ido a verle varios días. Hemos estado también en contacto telefónico. Y me ha escrito incluso para corregir sobre lo corregido. Todo esto es la mejor garantía de exactitud en cuanto a sus declaraciones en torno a un capítulo que Zugazagoitia, en su reciente libro, califica de convencional.

—Antes de referirnos a ese último extremo negativo que me afecta, le diré que debemos agradecer que el testimonio dado por él, y en aquellas circunstancias, resulte irrecusable en relación con las ideas y sentimientos de José Antonio ante la guerra civil. Y a los que yo mismo me he

—continúa Serrano Suñer refiriéndose al fundador—, porque añadió: «No hay más remedio. Yo he de formar parte de ese Gobierno con representación de las derechas y las izquierdas. Tendré que sentarme en los Consejos de Ministros entre Indalecio Prieto y Calvo Sotelo. Créeme. Sólo así, evitaremos los incalculables horrores de una guerra fratricida.»

Seguimos hablando un buen rato de José Antonio. Para los hombres de mi generación, que no teníamos edad de hacer la guerra, pero que hemos asistido a un ineludible compromiso de posguerra, la colosal figura del fundador de la Falange y cuanto en torno a él se intentó o se dejó hacer, cobra reveladores

“PARA MI NO HUBO CANJE”

referido ya en otra ocasión. «Su conducta en la prisión —escribía Zugazagoitia— era liberal, cariñosa, en las horas de encierro tejía sueños de paz; esbozaba un Gobierno de concordia nacional y redactaba el esquema de su política.» Este deseo de concordia —añade Serrano Suñer— fué una constante en él. Con sus escuadras luchaba en la calle replicando a las agresiones del extremismo o, principalmente comunista. Y su gran deseo, que muchas veces me manifesté lamentando el retraso con que llegaba, era que un golpe de Estado acabase con la anarquía a la que el país estaba sometido, y que evitando la guerra, ésta era su gran obsesión, estableciera la posibilidad de formar un Gobierno de concentración nacional.

En mayo de 1936, en el reformatorio de Alicante, donde estaba preso, José Antonio explicaba a Ramón: «No hay otra solución que ésta. Luego, en un ambiente civilizado, seguiremos cada uno luchando para la realización de lo mejor de nuestras ideas y sentimientos.»

—Debí de advertir en mi un gesto de extrañeza

matices en el devoto recuerdo de hombres como Serrano Suñer, que fueron sus entrañables amigos y camaradas.

Sobre José Antonio se ha escrito mucho. Pero, personalmente, creo que está todavía por escribir lo más sustancial en cuanto a la circunstancia de su muerte.

Llegamos así al tema de los rescates y Serrano Suñer se apresura a aclarar:

—Respecto a la alusión a que se refiere Zugazagoitia, sobre la liberación de Fernández-Cuesta y la mía, existe, entre las dos, una diferencia fundamental: él salió de zona roja, canjeado; mientras que yo lo hice por la vía más arriesgada. Para mí no hubo canje. El Jefe del Estado tuvo, sin duda, escrúpulos y no puso en juego para salvarme aquel excepcional recurso del canje, que se usó rara vez. Porque su utilización individual, singular, irritaba a miles de personas que tenían en zona roja parientes o amigos expuestos a los más graves peligros.

Hace una pausa y añade:

—Mire usted: ontológicamente, mejor dicho, existencialmente, todas las



vidas humanas valen lo mismo. Y querer establecer, entonces, por medio de juicios de valor, una gradación discriminatoria en razón de méritos personales, políticos, etc., era empresa delicadísima, aunque se encomendara a los varones más justos y competentes; los que, dicho sea de paso, no tuvieron allí presencia. Por el contrario, gentes sin ningún mérito, a quienes su vanidad autoproclamó personas importantes, alegando tan falsa condición, intriguaron para satisfacer su egoísmo. Así se produjeron algunos canjes de gentes sin la menor significación y que ni siquiera corrían peligro serio, con menoscabo de otros valores y peligros ciertos. Aquello, por tanto, hubo que cortarlo. El canje era un privilegio que yo no alcancé. Eso es, pues, lo primero que resulta claro en este asunto. No habiéndome yo beneficiado del sistema, voy a explicar ahora, sin la más pequeña omisión, todas las circunstancias en que se produjo mi escapada.

Zugazagoitia escribe en su libro algo a este respecto que, según don Ramón, en parte, es cierto. Dice así: «El interesado

para que, como preso, siempre como preso —recalca—, me trasladaran de ese matadero que era la cárcel Modelo de Madrid, y bajo custodia de una pareja de guardias de asalto, hasta una clínica llamada España, sita en un edificio de la calle de Covarrubias, que tenía entonces el número 30... Creo recordar todavía incluso el número de teléfono, que era el 33185. Ahora aquel edificio, que aún sigue en pie, corresponde al número 36. La clínica se vendió, se traspasó o se liquidó, y hoy es un ambulatorio del Seguro de Enfermedad. He estado allí ahora, hace tan sólo unos meses, acompañando a un ilustre historiador que deseaba conocer con detalle este episodio. Todo estaba igual: la misma estructura, las escaleras, el hall. Sólo la pintura y los muebles habían cambiado.

El personal de servicio en ese momento, a quien había llegado el relato, transmitido de unos a otros, de la hazaña de tan singular escapada, rodearon a Serrano Suñer, ávidos de escuchar de sus propios labios aquella fascinante aventura que, como podrán apreciar más adelante nuestros lectores, parece sacada de un telefilm de la serie «Misión imposible».

—Aquello fué todo lo que hizo, indudablemente muchísimo, el diputado socialista Jerónimo Bujeda y que, pese a su generosa conducta conmigo y a sus deseos de salvarme, no pudo conseguir más que una orden de traslado, como le digo, desde la cárcel hasta la clínica, donde yo seguiría alojado en régimen de preso. El no tenía poder ni medios para sacarme de Madrid. Que yo silenciara su valiosa y agradecida intervención en aquellos momentos era, como resulta fácil comprender, un deber elemental de discreción, para evitarle los riesgos e incomodidades que de otro modo le habrían ocasionado mis declaraciones cuando fueran conocidas en la zona roja.

(Continuará.)

(Fotos de PUEBLO y del archivo particular del señor Serrano Suñer.)

Dirección:
GUSTAVO PEREZ PUIG

Una maravilla de siempre
para un espectáculo de
hoy
Más de 100 intérpretes



COCCINELLE, UN LOBO EN

El sábado reapareció en Madrid, concretamente en Luss-May, la sala emplazada junto a la fuente luminosa de Atocha, la ya popular en España Coccinelle. Coccinelle, tan discutida personalmente, ya

que no artísticamente, lució nu y, en consonancia con ella, ca choso vestuario, números nuev nuevas pelucas, y, una vez r realizó un «show» muy a la mod del «music-hall».

Julia

PALADIUM DEL CRISTAL

PLAZA TIRSO DE MOLINA



MARUCHY-TAYLOR

Espectáculo a la 1,45

PRESENTA

VIOLETES AMERICAN REVUE



Presenta
el espectáculo
CANTIN

y el humor de



FERNANDO ESTESO

...y como siempre las tres orquestas
de máxima actualidad



LAS cosas ocurrieron así: mis inolvidables hermanos José y Fernando permanecían en la calle afrontando todos los riesgos, dedicados, con abnegación y generosidad sublimes, al intento de salvar mi vida, llevándome, aunque fuera como preso, a un lugar donde no hubiera rejas (como la clínica a la que me trasladaron), donde la evasión, aunque arriesgadísima, jugándome la vida a cara o cruz, pudiera al menos intentarse con alguna probabilidad de éxito. Como mis hermanos eran hombres de bien y de mucho prestigio y consideración en su carrera, no les fué difícil, desde el primer momento, establecer contacto, al indicado fin, con compañeros suyos pertenecientes a partidos de izquierda. La primera parte del plan consistía en obtener de alguno de ellos la recomendación suficiente para que, con el pretexto de mi precaria salud (yo padecía entonces una úlcera de estómago), me tuvieran como detenido, pero en cualquier otro sitio que no fuese la prisión. La cosa en cualquier lugar y circunstancia hubiera sido difícil, si bien es verdad que en aquellas horas caóticas tenía posibilidad, lo que no la hubiera tenido en horas normales. Yo, al fin y al cabo, no estaba procesado. Me retenían en una especie de prisión preventiva.

Pero Serrano Súñer iba viendo que pasaban los días y, desgraciadamente, sus hermanos, pese a incesantes afanes, no conseguían que le sacaran de la prisión.

—En vista de ello, un día encargué a mi hermano Pepe, que era el mayor, que tratara de establecer contacto con Bujeda, abogado del Estado y, por entonces, subsecretario de Hacienda, con quien yo, pese a nuestro enfrentamiento ideológico, había tenido en las Cortes de la República relaciones normales y hasta, si se quiere, afectuosas. Para ello encargué a mi hermano que escribiera una carta como si fuese yo el que la firmara (no era prudente que yo lo hiciera en la cárcel), planteándole mi desesperada situación. Pero lo que yo pretendía no debía de resultar fácil ni siquiera para el propio Bujeda, porque pasaron muchos días de incertidumbre y de riesgo por parte mía y de mis hermanos. (Si esto hubiera ocurrido más pronto o si hubiera tenido lugar el canje creo que mis hermanos no habrían sido asesinados.) Por fin, un día vino a buscarme una pareja de guardias de asalto, que me trasladó en un coche de la Policía a la citada clínica España. Allí, donde no había otro detenido que yo, fui instalado en una habitación del segundo piso, mientras los guardias permanecían en el primero, por lo general, en una sala de espera abierta al rellano de la escalera, por donde yo necesariamente tendría que salir si pretendía evadirme.

Me explica don Ramón que permaneció muchos días encerrado en su habitación de aquel establecimiento hasta que, forzadamente, comenzó a establecerse un «modus vivendi» entre los guardianes y el preso.

—Así es como conseguí que fueran tomando conciencia de mi ninguna peligrosidad. Pasaba yo muchas horas en mi habitación, maquinando y, alguna vez, leyendo la Prensa que me proporcionaban la encargada y un enfermo crónico de filiación izquierdista allí internado. También bajaba, con frecuencia, a la sala de espera, donde estaban los guardias. Incluso

departaba normalmente con alguno de ellos. Digo alguno porque la pareja solía ser mixta. Casi siempre uno de los dos era un viejo guardia de asalto, que por lo general (no todos estaban dominados por el odio) resultaba buena persona. El otro era uno de los muchos milicianos que se habían burocratizado. Recuerdo que una tarde, uno de aquéllos, de los antiguos, se explayó conmigo. Comenzó a hablarme de los crímenes horribles que se cometían y me dijo que si no fuera por su mujer y sus hijos buscaría un refugio porque ya no podía aguantar más. Entonces yo creí llegado el momento que tanto esperaba y le propuse, aprovechando una breve ausencia del otro guardián, el miliciano, ya que éste solía dejar solo a su compañero para salir a tomar café o a comprar tabaco, que en aquel momento o bien en otra ocasión que le dejaran a él solo encargado de mi vigilancia escapáramos los dos a refugiarnos en una Embajada. Aquel hombre, parece que lo estoy viendo, tuvo un momento de vacilación y a punto estuvo de acceder a mi plan. Pero finalmente no se atrevió.

Serrano Súñer hace una breve pausa para rebuscar unos instantes en el portentoso archivo de su memoria y prosigue:

● **“Cuando Marañón supo mi plan para salir disfrazado, exclamó: «Yo no acepto esa responsabilidad porque estoy seguro de que le matarían»”**

—Yo tenía que aprovechar las horas, porque el peligro de que vinieran a darme el paseo en cualquier momento, aunque allí no era tan grande co-

mo en la cárcel, podía surgir ante la menor dilación.

Me cuenta que por aquellos días, y gracias a la ges-



tión de una hermana del doctor Eusebio Oliver, acudió hasta su habitación del sanatorio donde se hallaba

“Propuse a uno de los guardianes que huyéramos juntos. Pero no se atrevió”

ro pasaron los días y no aparecí; mientras, yo me consumía en la espera.

Desengañado de estas posibilidades, que parecían

estas visitas abundaban las mujeres.

—La clínica se convirtió de repente en un torbellino. Cada día entraban y salían más gentes a todas horas. Yo, entonces—recuerda con todo detalle Serrano Súñer—, concebí un plan de evasión, que escribí en una cuartilla en mi habitación. Cuando ese día vino a verme mi hermana Carmen, quien con mucha valentía y abnegación me visitaba mañana y tarde, le entregué el mensaje con instrucciones de que lo hiciera llegar al doctor Marañón, de quien las familias de los perseguidos se hacían lenguas por los grandes servicios que realizaba, valiéndose de sus buenas relaciones con el personal diplomático.

En aquella carta, Serrano Súñer explicaba a Marañón que los guardias no subían a su cuarto más que por la mañana, cuando efectuaba el relevo la pareja de noche. Entonces, los guardias salientes hacían entrega del detenido a los entrantes. Y éstos, acto seguido, solían bajar a sentarse en los sillones de la sala de espera.

«Las doce de la mañana—escribía Serrano Súñer en su misiva—sería muy buen momento para mi evasión. A esa hora yo puedo estar preparado con unas medias puestas y unos zapatos de medio tacón. Me doblaré el pantalón sobre la rodilla sujetándolo con unos imperdibles. Minutos antes habrá llegado mi hermana y yo me pondré su abrigo de señora y una peluca, que también me traerá, junto con una boina y unas gafas «blancas» (yo entonces

no las usaba), porque las oscuras habrían sido, por si solas, un motivo de grave sospecha».

—Esta transformación proyectaba realizarla en escasos minutos, por lo que, a esa hora, las doce y cinco por ejemplo, podría llegar a mi habitación el diplomático que me viniera a buscarme. Sin preguntar nada a nadie, subiría al piso segundo, primera habitación de la derecha. No tendría más que empujar la puerta y yo estaría, disfrutando, esperándolo. Me daría el brazo y así llegaríamos hasta el automóvil, que habría de esperarnos con el motor en marcha y la portezuela trasera entreabierta, aparcado en la calle de Covarrubias, sólo a cinco o seis metros más allá de la puerta de la clínica. Este coche nos conduciría inmediatamente a una Embajada.

Era un plan a la desesperada. Mas no por ello dejaba de estar perfectamente estudiado, como vemos, hasta en los más mínimos detalles, que el propio Serrano Súñer había ido considerando desde la soledad de su confinamiento.

—Después de leerlo el doctor Marañón, persona muy bondadosa que había asistido a mi padre, fallecido pocos días antes del Alzamiento, contestó a mi hermana: «Dígale a Ramón que yo no acepto esa responsabilidad porque estoy seguro de que le matarían».

(Fotografías de PUEBLO y del archivo personal del señor Serrano Súñer.)

entrañar menos riesgo, Serrano Súñer pensó entonces que podría descolgarse por la ventana del cuarto de baño. Y para ello pidió a su hermana, que solía acudir a verle a diario, que le trajera una cuerda larga y resistente.

—Le había sugerido que se la arrollara al cuerpo, debajo del abrigo. Pero al día siguiente tuve un gran desengaño cuando la vi aparecer sin la cuerda. «No te la traigo—me dijo—porque ese pequeño patio, por donde pretendes escapar, da un taller en el que siempre hay milicianos.»

El preso pasaba las horas pensando en hallar una forma para salir de allí. Se produjo una circunstancia que aprovechó con éxito: los heridos de metralla que causaban los bombardeos de la Aviación nacional eran hospitalizados en el primer establecimiento sanitario que podía albergarlos. Un día ingresaron allí tres de esos heridos. Ello determinó que acudieran a visitarles sus familias y amigos. Entre



Cómodamente. Desde su sillón predilecto. Desde cualquier punto de la habitación usted puede:

- Conectar y desconectar su aparato
- Graduar el volumen
- Cambiar el canal

(mando a distancia)
ión a la red!

minosidad de imagen
nnovación del mando

mayor confort.

CALIDAD SIN CONCESIONES ES EN

ZENITH
Marca Registrada

UNA TRADICION DE 50 AÑOS

Fabricados,
distribuidos y
garantizados por

TELERASA

Guipúzcoa, 22
Barcelona

ULTRASONICA PATENTADO POR ZENITH

ACION CENTRO: O'DONNELL, 14 - MADRID

M I querido doctor Marañón: No le pido que asuma ninguna responsabilidad, porque la responsabilidad de mi escapada es cosa mía. Yo lo que quiero saber es si usted, como encarecidamente le ruego, puede ayudarme. Sé que este intento entraña muchos riesgos, sé que en él puedo sucumbir, pero también sé que tiene algunas posibilidades de éxito y que, si no lo intento, aquí sólo me espera la muerte.»

Con estas líneas, escritas desde el confinamiento de la clínica España, donde permanecía detenido, Serrano Súñer insistió cerca de Marañón para que se decidiese a poner en práctica el plan de evasión.

—Marañón reaccionó con gran generosidad y diligencia. Y por medio de mi hermana me envió, finalmente, un esperanzador mensaje: «Dígame a su hermano que pasado mañana mismo, a las doce en punto, habrá un coche, tal como él lo propone, con el motor en marcha, dos metros a la izquierda de la puerta de la clínica España. Y que a las doce y algún minuto subirá a su habitación el señor Sloser, encargado de negocios de la Legación de Holanda.»

Transcurrieron los últimos días de noviembre de 1936. Por entonces la vida en Madrid no era nada agradable, incluso para los diplomáticos. Y, según me explica don Ramón, la inmensa mayoría de los de carrera habían solicitado otro destino. Las Legaciones quedaron, por lo general, en manos de personas que no pertenecían a ella.

—Este Sloser —prosigue— era un judío alemán de los que estuvieron en el Camerún durante la primera guerra mundial. «Si alguien le pregunta cuando va por su hermano —había explicado el doctor Marañón a mi hermana— dirá que va a visitar a un enfermo. Y si consigue evitar que le pregunten, subirá, sin más ni más, abrirá el picaporte de la habitación indicada y dará el brazo a su hermano.»

Y, así, efectivamente, ocurrió. Confieso que escuchar esta historia de los propios labios del protagonista produce una singular emoción. Ramón Serrano Súñer es un conversador ideal. A su envidiable memoria fotográfica, une sus excelentes dotes de fino historiador que sin abdicar de sus firmes convicciones, sin necesidad de destefir indumentarias, sabe armonizar las viejas nostalgias con el devenir de los días, en una fórmula global de serenidad.

—A las doce y minutos —sigue su fascinante relato— entraba aquel hombre, duro, fuerte, alto. Yo había realizado ya la operación preparatoria. La mayor dificultad estuvo en que la peluca, con la que tenía que cubrir mi cabeza, era insuficiente. Y aún así mi hermana decía que había tenido dificultades para encontrarla. Porque en todas partes le dijeron que las monjas las habían agotado. Y así, hecho un verdadero esperpento, con mi burdo disfraz de mujer, un minuto después salía del brazo del señor Sloser.

Era el momento decisivo de atravesar la sala de espera del primer piso, donde permanecían los guardianes. Habían de pasar necesariamente por delante de ellos.

—Yo sabía que lo importante era tener la fuerza de voluntad y la serenidad suficientes para no mirar a los guardianes. El

hecho es que pasamos. Y cuando quise acelerar la marcha, Sloser, que como le digo era un hombre de enorme sangre fría, me dijo con su evidente acento extranjero: «¡Oh, después de una enfermedad larga, como la que usted ha tenido, hay que dominar los nervios!»

En tales circunstancias, el menor fallo, el más insignificante titubeo, podía resultar fatal. Sin duda, esa frase pronunciada por Sloser evitó, en espacio de segundos, que la actitud nerviosa de aquella «extraña persona» les infundiera sospechas.

—Recuerdo que un instante después, y cuando en el portal tratábamos ya de ganar la calle, se cruzó con nosotros una persona que luego supe que era el doctor Rementería, médico militar, que operaba en el quirófano de la clínica. Pero yo no le conocía, ni tampoco él a mí. El hecho es que, al vernos, sin duda le llamó la atención mi indumentaria; se paró y se nos quedó mirando. En aquel instante, mi voluntad fue más enérgica que la de Sloser, quien momentos antes había frenado mi paso para pasar con éxito delante de los guardianes, y tiré de él corriendo hacia el coche, que, efectivamente, esperaba, conforme a lo previsto, con la portezuela entreabierta y el motor en marcha. Poco después es-

zado de señora que salía a la calle.

—Me dijo que no pensó entonces en que se tratara



de mí. Pero le extrañó tan tosca desfiguración y comprendió en seguida que alguien trataba de burlar la

★ “Camuflado en el coche del ayudante de Miaja llegué al Consulado argentino, en Alicante”

tábamos en la Legación de Holanda.

Serrano Súñer refiere que, más tarde, terminada ya la guerra, ha coincidido en varias ocasiones con el doctor Rementería, y ambos recordaron el episodio de aquella mañana en que se tropezó, al entrar en la clínica, con alguien disfra-

zando de señora que salía a la calle. Pero le extrañó tan tosca desfiguración y comprendió en seguida que alguien trataba de burlar la

vigilancia para escapar. De cualquier modo, no comentó nada con nadie, pues el mismo estaba camuflado, a causa de su filiación política.

Para evitar cualquier atentado, pues por entonces se asaltaron algunas Embajadas, Serrano Súñer permaneció unos cuantos

días completamente aislado en la Legación de Holanda, sin que nadie supiera que se encontraba allí.

—Un día tuve la inesperada gran alegría de que me anunciaran la visita del señor Pérez Quesada, de la Embajada argentina, que era un personaje legendario en el inframundo de los refugiados y los perseguidos, una especie de Pimpinela que realizaba las hazañas más extraordinarias desde el punto de vista del ingenio y del valor. Este hombre, a quien yo personalmente no conocía, me dijo: «Tengo el encargo de mi embajador en París, el doctor Lebreton (a quien Marañón se lo había rogado), de llevarle a usted a nuestro Consulado en Alicante. Desde allí, en un barco de guerra, saldrá para Francia, y más tarde se le facilitará el paso a la zona nacional.»

Pérez Quesada tenía planteado el gran problema de cuál sería el medio a utilizar para llevarle hasta Alicante. Porque, según me dice Serrano Súñer, los controles establecidos en las carreteras, por entonces, no respetaban nada.

Con ropas de mujer, gafas y una peluca pasó por delante de sus guardianes

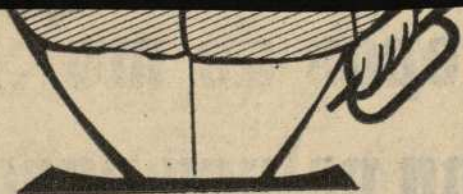
—Como Pérez Quesada era un hombre de grandes recursos, se acordó de que un ayudante del general Miaja, el comandante o capitán Fernández Castañeda (que luego del episodio que le voy a referir, y ya en la zona nacional, fue director general en el Ministerio del Ejército, y se ha retirado últimamente aquí de general de división) había ido a decirle que su espíritu y honor de militar no le permitían seguir por más tiempo allí, y que le pedía, por favor, que le ayudara a pasarse a la zona nacional. Pérez Quesada le dijo entonces a Fernández Castañeda: «Bien; vamos a un «do ut des». Yo tengo aquí a una persona en situación de gran peligro que también ha de salir de Madrid. Usted, si lo arregla para que su general le envíe a una misión para el mando militar del Ejército de Levante; y, por supuesto, si puede usted llevar planos o documentos interesantes que, luego, en lugar de entregar usted allí, los entregue en Salamanca, tanto mejor. El plan es el siguiente: en su coche, en el momento de salir, recogerá usted al señor Serrano Súñer, en donde oportunamente se le diga, y también a un militar, al capitán de Artillería Álvarez Miranda, casado con Matilde Álvarez, hija del político y gran orador Melquiades Álvarez, a quien habían asesinado en la cárcel Modelo el 22 de agosto.

Fué así como quedó cerrado el trato.

—Al día siguiente, a las cinco de la tarde —prosigue Serrano Súñer—, José María Jardón vino a buscarme en su coche a la Legación. José María era agregado civil de la Embajada argentina. Me llevó a Núñez de Balboa, 57, la casa de su madre. Era un hotel amplio y una de las varias casas que con el pabellón argentino utilizaba Pérez Quesada como refugio de perseguidos. Recuerdo que llegué allí a eso de las seis de la tarde, pues tuvimos que dar un cierto rodeo con el coche, efectuando varias paradas para despistar. Me instalaron en un salón donde estaban una señora mayor, tía suya, y Juan Manuel Torroba, también pariente de José María. Allí estos buenos señores tuvieron la paciencia de aguantarme y darme conversación hasta las seis de la madrugada, hora en que un coche de la Embajada me trasladó al domicilio del doctor Hervías, ginecólogo español que estaba camuflado con gran desenvoltura en el que se llamaba Batallón de Dinamiteros. Y allí me esperaba ya el capitán Álvarez Miranda y el citado doctor. Antes del amanecer, serían las seis y media de la mañana, hizo su aparición un automóvil del Ministerio del Ejército. Era el del ayudante de Miaja.

(Continuará)

(Fotografías de PUEBLO y del archivo particular del señor Serrano Súñer.)



2000 !!

**No vea más planos...
vea solamente en**

Getafe Pisos llave en mano

ENTRADA UNICA DESDE ptas. 100.000 Resto ptas. 3.000 mensuales

En el Km. 13 de la Carretera Madrid - Toledo

Otros para entrega en Abril 70;

ENTRADA UNICA DESDE ptas. 70.000

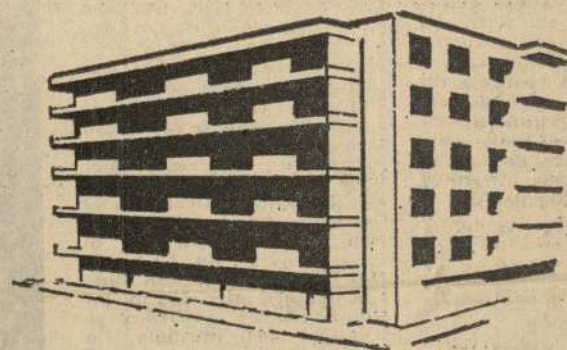
Resto ptas. 3.100 mensuales.

PARA ENTREGA DICIEMBRE 70:

DESDE ENTRADA ptas. 50.000

mensualidades de ptas. 2.680

Cantidades a cuenta de pisos en construcción
avaladas por el Banco Zaragozano según Ley 27/7/68



Visítenos a diario y festivos en la propia urbanización o en



RUVICAL

a de Edificaciones, S. A. - Ayala, 38 - Madrid-1 Metro Velázquez
no 226 63 20 (5 líneas) - Obras Tel. 2950 795

—Como le explicaba ayer, amigo Camarero, salimos de casa del doctor Hervias, antes de que amaneciera, en un coche del Ministerio de la Guerra, junto con el comandante Fernández Castañeda que, dentro del mayor sigilo, se había comprometido a llevarnos hasta Alicante.

Así prosigue don Ramón Serrano Súñer su emocionante relato. Está volviendo a vivir para nosotros un episodio que, sin duda, tuvo que dejar honda huella en su noble personalidad. Aún hoy, pasados treinta y tres años, produce un estremecimiento recordario.

Si bien es cierto que intervinieron varias personas, en la espectacular escapada, no lo es menos que sir, su propio arrojo y decisión. Serrano Súñer no habría llevado a feliz término la operación, proyectada, de manera tan temeraria, por él mismo, desde su confinamiento de la clínica España.

Hay que considerar lo que representa vivir todos aquellos días con el alma en un hilo pendiente del menor detalle, de la más insignificante circunstancia. Porque el menor fallo, el más leve descuido, en este como en tantos otros casos, representa una muerte segura.

—Nuestro coche pasó por dos controles: uno, en Valdecas, y otro, en el puente de Arganda. Y ya desde allí continuamos el viaje sin interrupción hasta cerca de Alicante. Pero no recuerdo exactamente si fué en Almansa o en Villena, un serio contratiempo nos esperaba: nos habíamos quedado sin gasolina. Y no la había en el pueblo, cosa que creo que entonces ocurría con frecuencia. Mis compañeros ya se disponían a buscar albergue para pasar la noche cuando yo les hice notar lo peligroso de la situación para Alvarez Miranda y para mí, y que teníamos que intentar, como fuera, llegar aquella misma noche al Consulado en Alicante. A tal fin mendigamos gasolina, y entre un garaje y la casa de un pariente del alcalde conseguimos una pequeña cantidad de combustible, con lo que pudimos llegar. A última hora de la tarde nos depositaron al capitán Alvarez Miranda y a mí en el Consulado argentino en Alicante. Fernández Castañeda, el ayudante del general Miaja, siguió para Valencia, al objeto de ver al general jefe del sector del Ejército rojo, y desde allí, como tenía secretamente proyectado, volvió a Alicante en lugar de regresar a Madrid. Aquí terminan, en realidad, las etapas peligrosísimas de mi aventura. Porque a partir de este punto ya los hechos se producen en los términos, entonces casi corrientes, que otros muchos españoles conocieron.

Serrano Súñer pasó varios días en el Consulado, en espera de que se cumpliera la última etapa del plan, que consistía en su traslado por mar desde allí hasta la costa francesa.

—No quiero dejar de mencionar al cónsul de la República Argentina, don Eduardo Lorenzo Barrera, que tuvo toda suerte de atenciones conmigo.

Escuchar este relato de labios de don Ramón es un verdadero regalo. Al tono de excelente narrador, añade su envidiable memoria en la que bucea una y otra vez, preocupado de no olvidar los nombres de las personas que, de forma más o menos decisiva, le ayudaron a escapar.

—Una tarde, en las primeras horas —prosigue— acudí al Consulado un grupo de cinco marineros argentinos que llevaban en la cinta de la gorra el nombre del «Tucumán». Les mandaba un personaje fabuloso también, un hombre joven, simpático, con un gran temple: el cabo Velázquez, que me dió un uniforme de marinero, con el que me vestí para sustituir a uno de aquellos muchachos, quien se quedó unas horas en el Consulado para no salir al mismo tiempo que nosotros.

De esta forma se evitaba toda sospecha para el control que en el puerto iban a sufrir. Pues si alguien había contado los marineros que desembarcaron poco antes vería que coincidía con el número de los que regresaban.

—En aquel maravilloso paseo de Alicante, entre palmeras, camino del puerto, respirando el aire que olía a mar, a yodo y a sal, me sentía hombre otra vez, después de la checa, la cárcel, el encierro en la clínica y de tantos horrores que dejaba atrás (que yo creía, entonces, que quedaban atrás, porque ignoraba —sólo meses después lo supe— que el hecho determinante del mayor dolor de mi vida, del que ya nunca podría ni querria separarme, se había producido ya).

A Serrano Súñer le parecía mentira volver a paladear la libertad. Y como caminara en el grupo con cierta inseguridad y una inevitable afectación, dentro de aquel uniforme de marinero, el cabo Velázquez, dándole una afectuosa palmada en la espalda, le recomendó: «Ponga atención en estar natural. Piense que es uno más del grupo. Ha de tener usted este desenfado nuestro. Ahora, no lo olvide, es usted un marinero argentino.»

—Pronto llegamos a la escalinata del puerto donde estaba atracado el bote que nos llevaría al «Tucumán». Recuerdo que, al llegar a la escalinata, había un control de la F. A. I.: dos hombres con sus clásicos pañuelos al cuello y con sus metralletas. Entonces se produjo otro mo-

mento de riesgo, cuando le dijeron al cabo Velázquez, posiblemente sin malicia y como bromeando: «¿Qué contrabando traerás tú hoy?» Velázquez, haciendo gala de una estupenda serenidad, les respondió: «¿Quitar, sonsos!» Y mientras decía esto nos empujó un poco por la espalda a otro marinero auténtico y a mí, a los dos, y nos metió en el bote. Cuando ya estábamos en él, remando, gritó con simpática fanfarronería: «¡Porque no es cosa de que por estas «macanas» vuestras lleguemos más tarde de la hora que el comandante nos ha señalado!» Y añadió: «Todo esto se acabará cuando el Gobierno de la República Argentina mande aquí un acorazado.»

Finalmente llegaron al «Tucumán». Pero el buque no podía zarpar porque esperaba un grupo colectivo de refugiados procedentes de Madrid, que habían sido detenidos en Alicante, y las autoridades de la Cruz Roja y del Cuerpo Consular estaban efectuando gestiones sobre la marcha para que fueran liberados y pudiesen alcanzar el barco.

—Durante aquellos días de convivencia con la oficialidad y la tripulación quedé conmovido ante el interés, el cariño y la ternura con que se dedicaban a su tarea altruista. El comandante de la nave, capitán de navío Casari, me recibió con exquisita cortesía y me cedió su camarote. Yo me resistí enérgicamente, pero me dijo que donde había patrón no mandaba marinero.

Días después, tras la lógica impaciencia de la espera, conducidos desde Madrid por don Miguel Mugica —agregado civil de la Embajada que fué más tarde ministro de Comunicaciones con Frondizi—, llegaban hasta el «Tucumán» la mujer y los hijos de Serrano Súñer.

—Entonces eran unos niños pequeños, los «pibes», como les llamaban los simpáticos hombres de aquella tripulación inolvidable, que les recibieron con verdadero alborozo.

Después de casi veinte días de vida anclado —co-

rría ya el mes de febrero de 1937—, el «Tucumán» zarpa rumbo a Marsella.

—En el golfo de Lyon, como es allí tan frecuente, nos encontramos con un mar embravecido que azotó el barco sin tregua. Por lo que el pasaje, en su casi totalidad, y la tripulación, en su mayoría, se marearon. Menos mal que a mí este temporal no me hizo efecto: acababa de sufrir otros peores, mucho más peligrosos.

Poco después, Ramón Serrano Súñer y su familia llegaban a San Juan de Luz. Y desde allí pasaban a Salamanca.

—Estos hechos, tan claros como arriesgados (viven, por fortuna, testigos de su realidad) son los que he querido dejar bien sentados para evitar equívocos y oscuridades.

Serrano Súñer me habla ahora de una desoladora experiencia al margen de su aventura, pero relacionada con una de las personas que contribuyeron decisivamente a su salvación:

—Pasado casi un cuarto de siglo desde entonces y yo alejado del poder, cuando España empezó a abrir sus fronteras a los exiliados, un hermano de Jerónimo Bujeda, por su propio sentimiento y el de su mujer y sus hijos, no pudo resistir más la nostalgia de la Patria y se presentó aquí. Estaba casado con la hija de un oficial del Ejército español, y había conocido el horrible sufrimiento de ver a su padre fusilado por los rojos. ¡La guerra civil! Este hermano de Bujeda, a pesar de no haber tenido nunca actividad política, al terminar la guerra y dada la pasión de aquella hora, realizó el acto de prudencia de acompañar, por si acaso, al exilio en Cuba a su hermano Jerónimo, que, como ya he explicado, fué el diputado socialista que consiguió mi traslado desde la cárcel Modelo hasta la clínica España, donde pude planear con éxito la escapada. Pues bien, al reintegrarse a la Patria, como pertenecía al Cuerpo de Inspectores del Timbre, solicitó su ingreso en la carrera y recabó para ello mi valimiento. No

Subió a bordo del «Tucumán» (anclado en Alicante), sustituyendo a un marinero argentino

tengo que decir con cuánta cordialidad e interés presté mi ayuda al hermano del hombre que tan decisivamente había contribuido a salvarme la vida. Porque los deberes que imponen la gratitud son para mí imprescriptibles; no hay plazo de prescripción. Insisto, por largo que éste sea, que despende de cumplirlos. Redacté escritos fundamentando su razonable pretensión, escribi cartas señalando la legitimidad humana y la equidad de su deseo a altos destinatarios, pero no logré mover su corazón. Todo fué inútil. ¡Sombria mezquindad! Tengo la confianza y el deseo de que hoy, por otra vía, lo haya conseguido.

Como colofón de este apasionante capítulo de sus memorias don Ramón añade:

—Me parece saludable que en lo que aún queda de la división entre las dos Españas (sería inútil puerilidad cerrar los ojos a esta realidad aunque no exista hoy, como ayer existió, entre ellas una línea divisoria bien visible o que cuando menos no pasa por las trincheras) los hombres responsables y representativos de uno y otro lado, seriamente, con rectitud y objetividad, recordaran a los españoles que no vieron los horrores del drama de la guerra civil, que aun los hechos extraordinarios que se produjeron en aquella contienda, las resistencias más admirables y heroicas (el Alcázar, Santa María de la Cabeza, Simancas, Belchite) tienen el dejo de melancolía y tristeza

que trasciende de las luchas entre hermanos.

El ex ministro don Ramón Serrano Súñer, abogado ilustre, brillante escritor, tiene por encima de todas la sugestiva personalidad del genio político. En aquellos difíciles años de la posguerra, cuando media Europa cantaba el «Lili Marlene», y Von Braun aún no se había nacionalizado yanqui, prestó grandes servicios a España. Después cambiaron los vientos. Pero así y todo Serrano Súñer ha sido todos estos años y será mientras viva el hombre de quien personas de mucho relieve le consultan particularmente no pocos pasos decisivos en el resbaladizo terreno de la gestión pública.

En la actualidad, vigen- te como el primer día y con la serenidad que confiere la experiencia objetivamente analizada, posee esa óptica precisa para la disección de una realidad política:

—La tarea más importante y urgente está en la creación de un orden para la convivencia; para la educación civil de los españoles que sólo se logrará por el entrenamiento práctico y real—sin falsificaciones—de sus capacidades. Sólo así se cierra la vía para el abuso y el atropello, que conducen siempre, más o menos tarde, a la catástrofe. Sólo así, con una conciencia comunitaria profunda, puede darse la continuidad sin fracturas en la vida de un pueblo.

Fotos de PUEBLO y del archivo del señor Serrano Súñer.

ción de... sector agrícola, sobre todo—, la presión de los gaulistas en el interior del país y la amenaza apenas velada del general De Gaulle de salir de su retiro de Colombey-les-deux-Eglises para reprochar, como el fantasma del comendador, al nuevo Presidente su falta de continuidad en la política que él marcó.

Sin embargo, los grandes problemas que, desde hace

tro francés de Finanzas, se ha llegado a «estudiar la posibilidad de la institución de un fondo europeo de reserva», una de las ideas lanzadas por Jean Monet, el más europeo de los franceses y presidente del Comité para los Estados Unidos de Europa.

Este fondo crearía lo que se ha dado en llamar el «eurodólar», y que serviría, principalmente, para que cada uno de los países pudiese

Campesinos y excedentes

Este es, probablemente, el problema más grave que los miembros del Mercado Común deben resolver a corto plazo. De todos es conocido el movimiento que existe en toda la «pequeña Europa» de reivindicaciones de los campesinos. Este movimiento tiene su mayor víctima en

Las decisiones de La Haya son lógicas y hasta hermosas. Habrá que esperar a ver lo que se decide en los consejos de ministros de Agricultura y, sobre todo, a las reacciones de los campesinos de los países en cuestión.

Hacia el Este

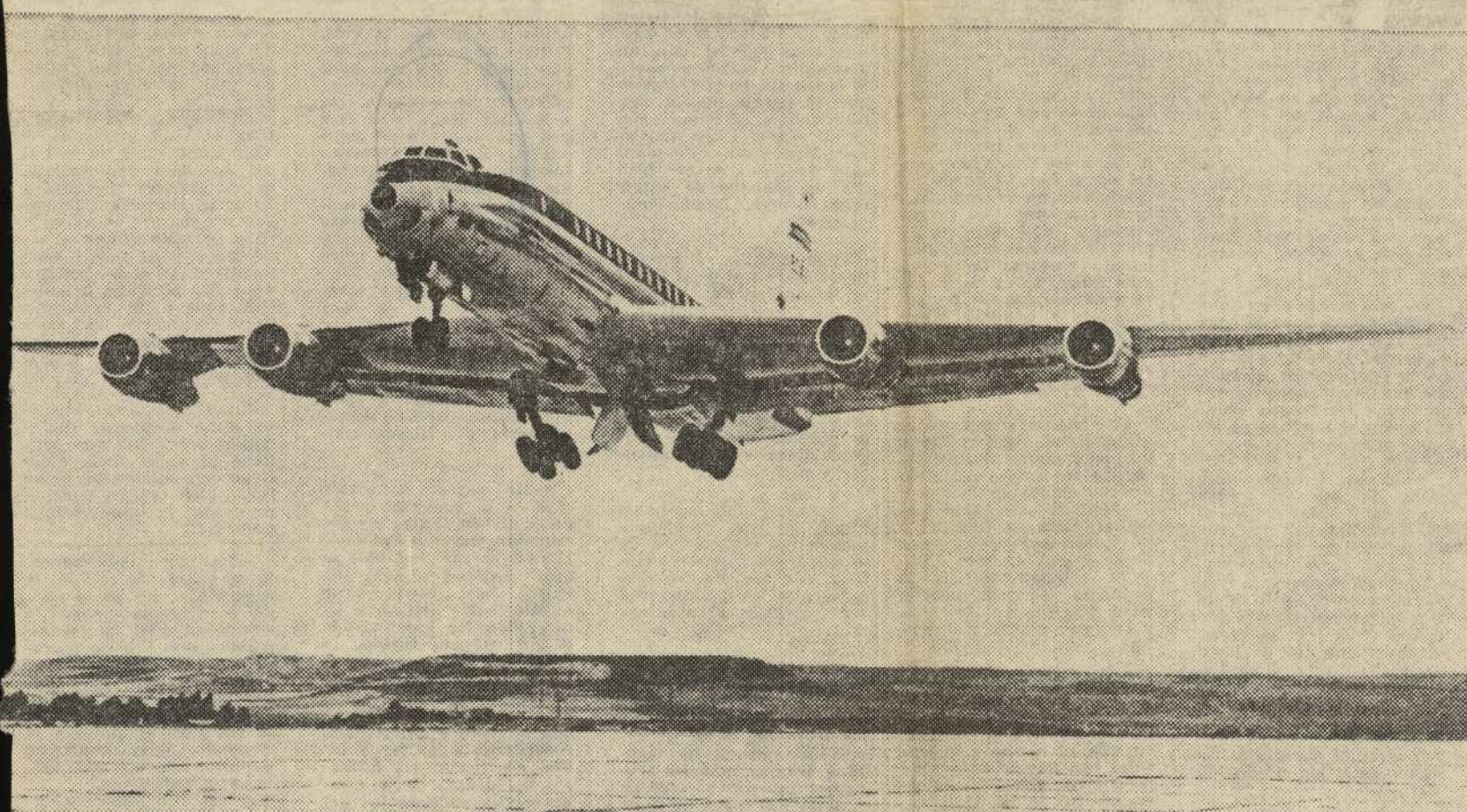
Cada uno —esto es importante— de los Seis ha descubierto por su cuenta la im-

Carbon y el Acero y el Euratom—, transformadas hoy en una sola. Se le concedió la cabeza del profesor Walter Hallstein y, a partir de entonces, la labor de la actual Comisión, que preside Jean Rey, se ha reducido a una técnica de segunda fila.

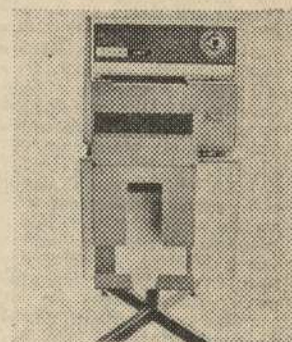
En la capital de los Países Bajos, la Comisión ha tenido su asiento entre los jefes de Gobierno de los seis miembros. Hoy, los comisarios han visto reafirmado su

sas más? ¿Y qué? Inglaterra lo sabe también y a está llamando a la puerta de la «Europa de los seis». Con todos los problemas que comporta. Nosotros negociamos ya. Nuestro camino no es el mismo, pero los resultados pueden ser parecidos.

José Manuel SALGADO



Todo pasa de moda...



incluso las copadoras.

**Usted lo emplea constantemente.
Pero nunca se le ocurrirá comprarlo.**

de número de copias, el precio por copia empieza a descender. Es más, si sus necesidades cambian, o su copiadora pasa de moda, nosotros se la reemplazamos con una más adecuada.

Y lo mejor de todo es que los problemas de depreciación, mantenimiento, servicio técnico, y sustitución de nuevos modelos son problemas nuestros, no suyos.

Si a usted aún le queda alguna duda sobre si alquilar o no una Rank Xerox, llámenos por su teléfono alquilado.



RANK XEROX
ESPAÑOLA S. A.

Rank Xerox Española, S. A. Sucursal Madrid: Joaquín Costa, 35.
Teléfono 2625200

Rank Xerox, cualquier organización es más eficiente.

Hendaya, 16 Dic. 1969

-88-

Querido amigo Irujo: Muchas gracias por su felicitación, a la que correspondo cordialmente.

Estos días me he acordado de usted - como ministro que ya era en 1936-37 - al leer unas explicaciones de Serrano Lúñer sobre su paso a la zona "nacional", que no fue por canje como la de Fernandez-Cuesta, sino por otros medios más enrevesados que comenzaron con una gestión del diputado socialista Jerónimo Bujeda, abogado del Estado (como él) y subsecretario de Hacienda.

"Para mí no hubo canje. El Jefe del Estado tuvo, sin duda, escrúpulos y no puso en juego para salvarme aquel excepcional recurso del canje, que se usó rara vez".

Serrano-Lúñer confirma que Bujeda "tuvo intervención decisiva para que como preso, siempre como preso, me trasladaran de ese matadero que era la cárcel Modelo, de Madrid, y bajo custodia de una pareja de guardias de asalto, hasta una clínica llamada "España... Aquello fue todo, indudablemente muchísimo, pero pese a su generosa conducta conmigo y a sus deseos de salvarme, no pudo conseguir más que una orden de traslado... El no tenía poder ni medios para sacarme de Madrid, desde que por fin se escapó de la clínica dispo-

zados de mujer, y, camuflado en el coche del ayudante del
general Mijez, llegó al consulado argentino, en Alicante,
y embarcó en el "Tucumán", anclado en aquel puerto, sus-
tituyendo a un marinero argentino.

Si en todo esto no hay para usted ninguna novedad,
espero que por lo menos estas líneas no le aburran.

Un fuerte abrazo,

Seben

i fabon eta Urteberri on!

(54) Villa Domínguez-Daiton 7.
Hendaya, 21 Nov. 1909 Chenu & Durity

Querido amigo Trigo: Oportunamente recibí
(y agradezco vivamente) sus dos cartas que por fin
me daban personalmente sus noticias directas, pues lle-
vaba demasiado tiempo sin información concreta ni
sobre su paradero ni sobre su ánimo. Ahora veo que está
usted aquí y en forma: activo, diligente y eficaz como
siempre. Las cartas y nuestros amigos me lo confirman.

Yo también soy el de siempre, pero observo que me
tratan como a un enfermo grave o como a un "mi-
nus habens": la razón es que todos se preocupan por
mi corazón más que yo mismo y quieren evitar-
me emociones, sin duda porque temen que fueran
mortales. La intención es buena, pero sin emoción
ninguna debió de irse nuestro buen Don José Luis
a los pocos días de sostener nuestro postrer colo-
quio de cardiacos; y se fue llevándose consigo tan-
tos recuerdos comunes, tantos trozos de mi propia vida
compartidos a lo largo de una amistad fraternal-
mente sostenida sin la menor nube por esta curio-
sa pareja que éramos el elíptico y el volteriano.
Esa preocupación por evitarme emociones hace que
me oculten, demoren o atenúen ciertas cosas y por
eso me enteré del fallecimiento de Don José Luis cuando

seguramente llevarla enterrado algunos días. Ante lo irremediable (y previsto) del suceso y la súbito y tardío de la noticia, mi principal reacción fue preguntar por su hermana, que por el finado sentía una adoración de la que sin duda era reflejo ~~y~~ el afecto que ella sentía también por mí. Rufino Bezola me dijo que, si bien se temió al principio que quedara paralizada, el peligro se había conjurado. Así lo creía todavía el día 19 cuando por excepción me trajeron el "Lud. Ouest." de Burdeos, (que nunca compro, pues sólo leo el "Monde.") y me encontré - cuando ya estaba a punto de dar por leído el periódico - con una muy sentida croniquille de Bidart informando de la muerte de Hiponia en Bilbao, después de haber pasado por los hospitales de Bayona y San Sebastian, donde inutilmente trataron de remediar la congestión cerebral sufrida al encontrarse con el cadáver de su hermano.

En fin, querido Don Manuel, no hay más que mirar alrededor para ver que, uno tras otro y como de puntillas, para no asustarnos, van desapareciendo todos - parientes, amigos, contemporáneos, todo lo que era nuestro mundo - y ya no somos más que supervivientes cada vez más convencidos de que a nuestra edad es imposible evadirse de esta disyuntiva: o nos morimos o se nos muere. Un fuerte abrazo, suplicando me perdone este desahogo tan propio de mi actual estado de ánimo. Te lo envío

101.

Querido Trujillo: Me entero del fallecimiento de su hermano Eusebio y comparto su tristeza.

Aprovecho esta carta para adjuntarle un lote de recortes:

Uno de "El Adecízer" sobre su amigo Vallespín; otro de la revista de Blas Piñar en el que le citan a usted con el estilo que ^{se emplea} ~~lo hizo~~ el conde de Balseguer al hablar de Salazar ¿no lo recuerda usted? Y ahí van otros recortes por si los necesitan en OPE., pero me interesaría que el Xendakari leyese lo de Artola por si yo estuviera equivocado.

¿Y este Troncoso no es el que Quintanilla daba por muerto en sus Memorias?

Un fuerte abrazo,

J. Urquiza

Hendaya, 15 Enero 69

(Vuelta)

AYUNTAMIENTO

El alcalde, don José Manuel Elósegui y Lizariturry despachó los asuntos propios de la Alcaldía y recibió las siguientes visitas:

Don Julio Gutierrez Rubio, gobernador civil de Huelva.

Don Santiago Fuentes Pila.

Don Julián Troncoso Sagredo,
coronel de Caballería.

Hoy a las...

13-VIII-08